

## La asfixia del fracaso

M<sup>a</sup> Soliña Barreiro

Albertina Carri no puede liberarse de los muertos. Ni de ella huyendo hacia dentro de sí, donde no hace sino caer de nuevo en el abismo de esa ausencia. *Cuatreros* (2016) iba a retratar la historia del último bandolero argentino, indómito, romántico, mítico, Isidro Velázquez, abatido por la policía en 1967 y convertido en icono popular de rebeldía. Pero la cosa no salió y ella lo sabía desde el principio, lo sabía secretamente incluso antes de iniciar la película. En ella planean las ausencias, la desaparición de sus padres, su incapacidad de comprometerse y su mala conciencia por no acabar nunca de hacerlo. La película es de nuevo sobre ella misma y su ineludible laberinto de ausencias.

*Cuatreros* es un western, es una *road movie*, es un diario y es una instalación. Es un western que evoca con melancolía el mundo acabado de los centauros gauchos e indígenas que escogieron desaparecer antes de jamás someterse. Es una *road movie* de búsqueda en la que su autora, sabiendo que no encontrará nada, no puede dejar de buscar a sus desaparecidos. Es un diario inundado de yoes estancados que no logran trascenderse (ni lo desean, quizás como mecanismo de defensa externa o como defensa interna ante la propia inacción). Es una instalación multipantalla y de sonido multiaural donde imágenes y sonidos políticos, publicitarios, ficcionales y reales se someten al ritmo inasequible de un off que no pretende recoger al espectador y llevarlo de la mano, sino empujarlo aturdido hacia adelante.

“Por no ver más allá de mi ombligo (...) un ombligo tan lastimado del que no logro zafar”. En el ombligo se inicia el filme con el nacimiento de su hijo, y sigue el cordón umbilical hacia su orfandad, rebuscando en imágenes de archivo de manifestaciones –nocturnas, urgentes, decisivas– el rastro de sus padres, desaparecidos por la dictadura. Parte del libro *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* que escribió su padre Roberto Carri en 1968 y de su afirmación de la importancia de la significación de los hechos más que de los hechos en sí. Y de ahí la excusa para que Isidro Velázquez no sea más que una significación trasmutada de la herencia de ausencias de sus padres, secuestrados en 1977 cuando Albertina Carri tenía apenas cuatro años. De ellos apenas tiene recuerdos y los pocos que conserva del secuestro los asimila como una “película”. La herencia de su padre es Isidro Velázquez. “Velázquez es esa receta romántica de resistencia que mi padre me dejó como legado”. Por eso no busca a Velázquez en la película; busca a sus padres tirando del cordón umbilical que atraviesa su vida y su cuerpo desde ellos hasta su hijo,

protegiendo ese cordón y llenando los fragmentos que le faltan con el trasunto rebelde de Velázquez, su herencia.

*Cuaterros* es un dispositivo que refleja lo que sucede en la cabeza, en el corazón y en el cuerpo de Albertina Carri mientras intenta hacer una película, mientras trata de vivir a la vez que se lame las heridas. Ese caos multipantalla, de sonidos que se entrecruzan, de temas que asoman sin acabar de desarrollarse, de compleja voz en off que se nos escapa mientras la perseguimos con la lengua fuera, ese caos es la tormenta que le sucede dentro, la que trata de organizar en forma de discurso fílmico al que no podrá dar jamás una forma clara. Y no sólo porque falten piezas, esas dos personas de las cerca de 30.000 desaparecidas entre 1973 y 1986 durante la dictadura militar en la Argentina. Sino también porque en esa constelación de imágenes, sonidos y significaciones es la única que a veces permite aprehender, en forma de relámpago breve, qué es lo que le pasó a su país, qué es lo que ella misma ha devenido. Ese caos, ese “giro hacia la imposibilidad” de su película, es la consecuencia de tener que construir una vida sobre la ausencia.

La búsqueda de Carri se convierte en un laberinto fílmico de lo que nunca se puede cerrar, de esa memoria con la que juega al gato y al ratón; la persigue sin parar en cada imagen y la rehúye sin cesar en ese constante ejercicio de volverse hacia sí, por el que está segura de que sus padres no la “recibirán en el cielo”. Albertina Carri se instala en el dolor de una ausencia inconmensurable, y se justifica por no trascender lo individual hacia la lucha colectiva: “a mí tanto fracaso me agobia”. Pero el fracaso no es intentar la lucha, sino condenar lo colectivo a la imposibilidad. Y es lo que ella hace. Lo hace escogiendo como herencia de su padre un icono poderoso pero anacrónico, un bandolero a finales siglo XX. Un bandolero jamás vencerá a una dictadura pese a su sorda resistencia a la modernidad. Por eso Albertina Carri no puede hacer la película sobre Isidro Velázquez. Un héroe de resistencia individual no es suficiente para rescatar a 30.000 desaparecidos, ni tan solo a dos de ellos. Es un bálsamo que no acaba de ser efectivo para un dolor oceánico.